

## CAPÍTULO XII

## JESUÍTAS ESPAÑOLES EN FLANDES Y ALEMANIA

SUMARIO: 1. El P. Ribadeneira es enviado á Flandes por San Ignacio para pedir á Felipe II el reconocimiento oficial de la Compañía en aquel país.—2. Dase á conocer Ribadeneira predicando en latín.—3. Entabla su negociación y encuentra fuertes dificultades.—4. Después de algunos meses de lucha es reconocida la Compañía el 3 de Agosto de 1556.—5. Entretanto Ribadeneira promulga entre los Nuestros las Constituciones y vuelve á Roma.—6. Segundo viaje de Ribadeneira á los Países Bajos en 1558.—7. Los PP. Nadal, Dionisio Vázquez y Pedro Páez en Bélgica.—8. El P. Victoria y otros españoles en Alemania.—9. Visita de Alemania por el P. Nadal, empezada en 1562, interrumpida al año siguiente y recomenzada en 1566.—10. Nadal, Ledesma y Canisio en la Dieta de Ausburgo en 1566.—11. Colegios abiertos en Alemania por el P. Nadal.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de San Ignacio*.—2. *Epistolae P. Ribadeneira*.—3. *Regestum Lainez*.—4. *Epistolae P. Nadal*.—5. *Epistolae Germaniae*.—6. *B. Petri Canisii Epistolae et Acta*.

1. La obra principal que se debió á los jesuítas españoles en los Países Bajos fué el reconocimiento oficial de la Compañía, trabajo importantísimo, en que empleó su actividad el P. Ribadeneira desde 1556 hasta 1560. Desde los primeros años de nuestra Orden se habían dado á conocer algunos jesuítas en Flandes. En la universidad de Lovaina habían estudiado varios de los Nuestros, y muy pronto se notó en aquel país cierta fecundidad de vocaciones que hacía concebir halagüeñas esperanzas (1). Con todo eso, iban pasando los años, y la Compañía no era reconocida oficialmente en aquellos Estados.

En 1555 determinó San Ignacio negociar favor tan importante. Para este asunto escogió al joven Pedro de Ribadeneira, que se hallaba entonces en los veintinueve años de su edad. Turbóse un poco el elegido, creyéndose inepto para vencer tantas dificultades como se habían de ofrecer; pero fiado en la obediencia y en las oraciones

(1) Puede verse en la revista *Précis historiques*, t. xxxv, p. 342, un catálogo de los belgas que entraron en la Compañía viviendo San Ignacio.

de San Ignacio, salió de Roma para Flandes el 22 de Octubre de 1555. Llevaba una carta del santo para Felipe II y otras para el Conde de Feria, para Rui Gómez de Silva, para Gonzalo Pérez y para otros amigos de la Compañía (1).

Á principios de Diciembre entraba en Bélgica. Como lo había previsto, el negocio tropezó con graves obstáculos (2). Allí, como en todas partes, lo mismo había sido aparecer la Compañía que levantarse contra ella una nube de envidias y calumnias. La política tomó su parte en esta oposición, y el célebre consejero Viglio de Zwichem nos hacía una resistencia tenaz. Pueden verse en el P. Prat (3) las tribulaciones que hubieron de sufrir los primeros de la Compañía, desde que entraron en Flandes hasta que llegó Ribadeneira. Había encargado á éste San Ignacio que se dirigiese primero á la corte, para conferenciar con algunos personajes amigos de la Compañía y concedores de los negocios, principalmente con Pedro de Zárate y Alejo Fontana. Enterado del estado de los ánimos y del giro que se pudiera dar al asunto, debía retirarse á Lovaina, y allí, predicando en latín y ejercitando los ministerios apostólicos, había de acreditarse á sí mismo y á la Compañía. Cuando de este modo hubiera adquirido alguna celebridad, volvería á Bruselas y entablaría el negocio.

2. El enviado cumplió á la letra las instrucciones del santo. Llegó á Lovaina el 7 de Diciembre de 1555 (4). Allí residía la principal comunidad de la Compañía en Bélgica. Habló con los Padres más principales Ribadeneira, y habiéndoles encargado que le buscasen ocasión y comodidad para predicar en aquella ciudad, adelantóse él á Bruselas. Allí habló largamente con Pedro de Zárate y Alejo Fontana, grandes amigos nuestros. Por ellos entendió las dificultades que tendría el asunto, siendo la primera la presencia misma del Emperador, mal informado y aun algo prevenido contra la Compañía. Convenía esperar á que se viniese á España y quedase solo por allá Felipe II. Enterado de todo Ribadeneira, volvióse á Lovaina. Iba discurriendo en el camino, qué medio decoroso podría tener, para pedir que le dejaran predicar en latín en alguna iglesia principal. Sacóle de estas dudas el rector de la universidad de Lovaina, quien, preve-

(1) Véanse estos documentos en *Cartas de San Ignacio*, t. vi, p. 41 y sigs.

(2) Todo cuanto decimos sobre las negociaciones de Ribadeneira en Flandes, lo sacamos principalmente de las cartas que el mismo Ribadeneira escribió á San Ignacio, y que han sido publicadas en la revista *Précis historiques*, ts. xxxv y xxxvi.

(3) *Histoire du Père Ribadeneira*, l. II.

(4) *Précis historiques*, t. xxxv, p. 434.]



nido sin duda por los Nuestros, le convidó á predicar. Empezó Ribadeneira su predicación latina, y el éxito fué estupendo. Acudían á oírle doctos religiosos de otras Órdenes, caballeros, maestros y estudiantes. Varios nobles españoles, gozosos al ver los triunfos oratorios de un paisano suyo, fueron á hacerle cordiales visitas (1).

Llegó á Bruselas la fama del español que tan gallardamente se explicaba en la lengua del Lacio, y como varios señores mostraron deseos de oírle, fué llamado á la corte por Pedro de Zárate, y el día de Reyes de 1556 subió al púlpito en presencia de lo más granado de la ciudad. Zárate y Fontana temblaban de que el orador no correspondiese á la gran fama que en pocos días se había difundido de él, pero con gran satisfacción vieron, que su amigo mantenía dignamente en Bruselas el renombre adquirido en Lovaina. Este primer sermón le valió la benevolencia de varios magnates, y, sobre todo, del Conde, después Duque de Feria, hermano de nuestro P. Antonio de Córdoba, y tan conocido entre los ministros de Felipe II. Comunicó Ribadeneira con él y con Rui Gómez de Silva el negocio que traía. Ambos le oyeron benignamente y le prometieron su favor, especialmente Feria, que tomó muy á pechos el reconocimiento de la Compañía, y negoció á Ribadeneira una audiencia de Felipe II.

3. La audiencia se verificó en Amberes por Febrero de 1556. Presentó el Padre al Rey una carta de San Ignacio, y añadió de palabra algunas explicaciones sobre el instituto de la Compañía y sobre la conveniencia de reconocerla oficialmente en los Países Bajos. Oyóle con maravillosa atención, según frase del mismo Ribadeneira (2), don Felipe, y como ya conocía á nuestra Orden y á San Ignacio, mostróse dispuesto á favorecerlos en todo, y prometió dar respuesta al negocio. Mucho se hizo esperar esta respuesta. Felipe II, recién subido al trono de una nación que podía llamar extraña, pues aunque su padre era flamenco, él, como nacido y criado en Valladolid, fué toda su vida muy español, procuraba obrar con prudencia en aquellos días, y no daba ningún paso en el gobierno sin contar con la previa aprobación del Consejo Real de los Países Bajos. Pasó, pues, á éste la demanda de Ribadeneira, y, como era de temer, Viglio se opuso fuertemente á ella. La autoridad de este consejero arrastraba

(1) Sobre estos sermones de Ribadeneira, véase la carta del P. Bernardo Oliverio escrita el 12 de Enero de 1556. *Précis historiques*, t. xxxv, p. 438.

(2) Véase la relación de esta audiencia, por el P. Ribadeneira en *Précis historiques*, t. xxxv, p. 533.

á los demás, y á pesar del influjo del Conde de Feria y de otros buenos amigos nuestros, tardaba en salir la deseada respuesta del Rey.

Una enfermedad que entonces sobrevino á éste entorpeció la marcha de todos los negocios, y Ribadeneira, viendo que se eternizaba el suyo, determinó volverse á Lovaina para continuar su predicación latina, esperando que Dios abriría camino á su tiempo. Entretanto, para vencer la resistencia de los contrarios, redactó un memorial en que refutaba las objeciones propuestas contra el instituto de la Compañía. Hízose llegar á las manos del Rey este escrito, y Su Majestad lo leyó con gusto, pero el negocio siguió tan atascado como antes (1). En Lovaina obtuvo Ribadeneira los triunfos que había conseguido en el pasado mes de Diciembre, y mientras él trabajaba sin descanso por el bien de las almas, otros Padres, principalmente Bernardo Oliverio, se consagraban al servicio de los apestados en Tournay y edificaban con su predicación y santos ejemplos á otras ciudades de Bélgica.

El 3 de Abril de 1556 escribía San Ignacio al P. Ribadeneira, participándole las instancias que le hacían para fundar un colegio en Colonia. Indicábale que si el Rey y Rui Gómez de Silva le permitían, hiciese una excursión á esta ciudad (2). No pudo ir á Colonia Ribadeneira, y por Junio le encontramos de nuevo en Bruselas urgiendo su negocio (3). Esta vez trató con más intimidad á Rui Gómez de Silva, cuya autoridad se añadió á la del Conde de Feria, y empezó á inclinar la balanza en favor de la Compañía. Procuró Ribadeneira tener conferencias particulares con los principales señores de Bruselas, y refutar, no solamente las viles calumnias que divulgaban los protestantes contra nosotros, sino también las razones más especiosas con que nos combatía Viglio. Según este consejero, el admitir á la Compañía en Flandes sería perjudicial para los obispos, cuya jurisdicción se hallaría coartada por nuestros privilegios; desedificaría á los fieles, pues los jesuítas no vivían encerrados en monasterios, sino que discurrían por una y otra parte, como Bobadilla que acudía á todos los banquetes y andaba preguntando noticias [*qui erat in mensis omnium et disquirebat nova*], y sería un estorbo para la potestad civil, pues se habría de conceder á la Compañía bienes exentos de tributos, lo cual no debía hacerse sin con-

(1) *Précis historiques*, t. xxxvi, p. 260.

(2) *Cartas de San Ignacio*, t. vi, p. 219.

(3) *Précis historiques*, t. xxxvi, p. 300.



sultar con los Estados y sin especial privilegio del Emperador (1).

4. Con manifestar sencillamente el fin de la Compañía y los medios que usa para conseguirlo, se desvanecían por completo estas vanas aprensiones de la política. Así lo hizo Ribadeneira de palabra y redactando otro memorial que, presentado al Rey, obtuvo la benigna acogida que el primero. Con todo eso, no cesaba la oposición. El 16 de Julio llegó á Bruselas la Reina de Bohemia, hermana de Felipe II, y con ella un poderoso apoyo al negocio de Ribadeneira. En efecto, previendo esta oportunidad, se habían pedido cartas de recomendación para ella á la princesa D.<sup>a</sup> Juana, gobernadora de España, y á San Francisco de Borja. Con estas cartas en la mano presentóse Ribadeneira á la Reina, y fué de ella muy bien recibido (2). Tomó la Reina con calor el reconocimiento de la Compañía, habló sobre ello á su hermano, y á este influjo tan poderoso nadie pudo resistir. Mandó Felipe II que se discutiese el asunto entre Viglio y el P. Ribadeneira, en presencia del Conde de Feria y del deán de Lovaina. Esta importante discusión se tuvo en los días 29 y 30 de Julio de 1556. En ella se ganó la causa en favor de la Compañía, pues Ribadeneira satisfizo cumplidamente á todos los reparos y objeciones de Viglio (3). Esta era la última victoria que obtenía en esta vida nuestro P. San Ignacio, pues al día siguiente espiraba en Roma. El 20 de Agosto se expidieron las cartas patentes de Felipe II, en que se concedía facultad á la Compañía para establecerse en los Países Bajos (4).

5. Además de este asunto importantísimo, tuvo el P. Ribadeneira otra comisión delicada de San Ignacio, y fué la de promulgar las Constituciones en los Países Bajos, como lo había hecho en España el P. Nadal. Este ministerio no ofreció incidente de consideración en aquel país, pues como las casas de la Compañía eran tan pocas y los sujetos estaban animados de excelente espíritu, fueron recibidas las Constituciones con el respeto que se merecían, y que era de esperar del amor filial que todos profesaban á San Ignacio.

Cuando el P. Laínez, ya Vicario de la Compañía, entendió que Ribadeneira había logrado el objeto principal de su viaje, quiso tenerle á su lado para los negocios que se pudieran ofrecer en la próxima

(1) Véanse estas y otras razones que aducía Viglio, en el documento publicado en *Précis historiques*, t. xxxvi, p. 450.

(2) *Précis historiques*, t. xxxvi, pp. 301 y 418.

(3) *Ibid.*, p. 418.

(4) Véase el texto *ibid.*, p. 511.

Congregación general. Llamóle, pues, á Roma, y Ribadeneira, saliendo de Bruselas el 25 de Noviembre de 1556, entró en la Ciudad Eterna el 3 de Febrero de 1557 (1).

6. El 17 de Octubre del mismo año, hubo de salir otra vez de Roma camino de Flandes. Enviaba Paulo IV á su sobrino, el Cardenal Carraffa, para negociar con Felipe II la paz entre España y Francia. Quiso que acompañase al legado el P. Salmerón, y en compañía de éste dispuso el P. Laínez que fuese el P. Ribadeneira. Concluída la embajada del Cardenal, el P. Salmerón se volvió á Roma; pero su compañero recibió orden de permanecer en Bruselas, para negociar la ampliación de algunas facultades concedidas por el Rey y terminar otros asuntos de la provincia de Flandes. En esta ocasión, como en la pasada, el Duque de Feria fué el gran protector de Ribadeneira. Año y medio, próximamente, costó á nuestro negociador el buen despacho de su asunto.

En este tiempo ocupábase en predicar y confesar, cuando los negocios le daban lugar, y no debe omitirse el viaje que hizo á Inglaterra, en compañía de Feria, cuando se supo la enfermedad de la reina María Tudor. Pasó Ribadeneira en Londres desde Noviembre de 1558 hasta Marzo del año siguiente, y cuando tornó á Bruselas, encontró una carta del P. Laínez, en que se le mandaba dirigirse á Roma. Llegó por el verano de 1559 á la presencia del P. General, quien le retuvo á su lado un año largo, consultándole los negocios ocurientes y desahogando con él las penalidades de su oficio. El 3 de Noviembre de 1560 hizo Ribadeneira la profesión solemne, y desde entonces hasta la muerte de San Francisco de Borja, vivió en Italia ocupado en los más importantes cargos de gobierno.

7. Á los trabajos de Ribadeneira en Flandes sucedieron los del P. Nadal, que entró á visitar aquella provincia por el verano de 1562. Como en todas partes inspeccionó este Padre allí nuestras casas y colegios, tomó cuenta de conciencia á todos los individuos y asentó los negocios más importantes de la provincia. No sabemos que ocurriera en esta visita ningún contratiempo, si por tal no contamos la extravagancia del P. Adriaenssens, uno de aquellos cuatro que, como recordará el lector, se adhirieron al P. Bobadilla en los tumultos de la primera Congregación. Este Padre se resistió tenazmente á dar

(1) Sobre éstos y los siguientes sucesos del P. Ribadeneira, que no hacemos sino apuntar, véase la monografía del P. Prat, S. J., *Histoire du Père Ribadeneira*, p. 133 y sigs.